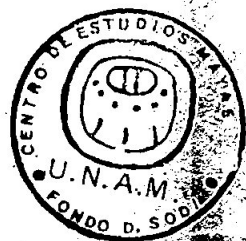


ARTÍCULOS





MEDIO SIGLO DE VIDA DE LA FACULTAD *

Doble conmemoración nos reúne ahora en este auditorio: el aniversario de la fundación de la Universidad de México y los 50 años de vida del plantel dedicado a la enseñanza de las Humanidades.

Ninguno tan capacitado como su Director actual, el doctor Francisco Larroyo, para conducirnos a través de la evolución de una y otro; por cierto, paralela al desarrollo de México a partir de la Revolución mexicana.

Como a él corresponde enfocar el primer aspecto en esta ceremonia, el que habla, en ausencia del decano de la Facultad —sin ser precisamente el indicado para eso— debe cumplir una comisión que considera honrosa.

Al hacerlo se limitará a evocar aquí, ante ustedes —cuya atención agradece de antemano—, las diversas etapas de la trayectoria recorrida. Prescindirá de la mayoría de las fechas que pueden hallarse en los informes correspondientes, porque no intenta abarcar con todos sus pormenores este medio siglo de vida.

Ya que la mayor parte de los acontecimientos, por cercanos, están en la memoria de todos, preferirá desde luego alejarse del presente, para recordar aquellos instantes del comienzo.

* * *

No podía olvidarse la primacía de la Sorbona, entre las madrinas de la Universidad de México, al restablecerla con amplitud de miras el maestro Justo Sierra. Se explicará fácilmente, por eso, que en 1910 se pensara en la Escuela de Altos Estudios, de París, al fundar la que sería más tarde Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México.

Instalada primeramente en el edificio destinado a la nueva Universidad —esquina de las calles de Lic. Verdad y Guatemala—,

* Discurso pronunciado el día 14 de noviembre de 1960 en el Auditorio de Humanidades.

la—, tuvo una breve infancia de holgura, por el momento en que había nacido. Como algunas de las instituciones coetáneas, pasó a través de años de prueba, que sin duda sirvieron para fortalecer el espíritu de los continuadores.

Mediada la década inicial, principió la cuesta de más duro ascenso: eran los días de la enconada lucha civil, y el doctor Alfonso Pruneda —que estuvo después al frente de la institución— sostenía la Universidad Popular, destinada a difundir la cultura democráticamente.

La segunda década vital prolongó las vicisitudes. En Altos Estudios, se oía aún al humanista Pedro Henríquez Ureña, que nos alentaba con su ejemplo.

Quienes por entonces principiábamos a recorrer el sendero de la docencia, advertimos con dolor, poco después, el prematuro desplome. Un día el correo nos trajo una excitativa del Lic. Balbino Dávalos, a quien se acudió para reorganizar Altos Estudios. Él nos pedía, en atenta invitación, impartir enseñanzas con el carácter de profesores honorarios, esto es, sin remuneración alguna.

* * *

Altos Estudios dejaría el edificio donde renació la Universidad —su Paraninfo era entonces sede obligada de actos trascendentes—, para instalarse con modestia. Temporalmente ocupó las aulas del patio menor de los tres de San Ildefonso: estuvo en el llamado “Colegio chico” de la Escuela Nacional Preparatoria.

En 1927 y 1928, un nuevo Director, el doctor Pedro de Alba —hace apenas cuatro días desaparecido, con pena de sus amigos y compañeros— insistiría en la solicitud del sacrificio pecuniario de algunos maestros de la Facultad. El que habla inició de ese modo, gratuitamente, la clase de Literatura Iberoamericana, que ya tenía a su cargo, con la remuneración habitual, en la entonces única Escuela Preparatoria.

Años mejores vinieron, después de la autonomía universitaria, con la transformación de la Facultad de Filosofía y Letras: instalada en el antiguo Colegio de Mascarones, tuvo allí mayor amplitud e independencia que la que hasta entonces había logrado.

En el patio al cual daban sombra los viejos árboles, aún no se erguía la estatua de Fray Alonso de la Veracruz, que después iba a acompañarnos. Aquel patio vio desfilar varias generaciones de alumnos, guiados —entre otros, también desaparecidos— por el maestro Antonio Caso y por los doctores Samuel Ramos y Julio Jiménez Rueda, quien los sobreviviría algunos años.

Allá permaneció la Facultad de Filosofía y Letras, hasta cumplirse cuatro siglos de la fundación de la Universidad de México: ceremonia recordada por el imponente desfile de ilustres invitados que representaban a otras Universidades.

En esa etapa fructuosa recibió, impulso renovador, el refuerzo de profesores hispanos que desde entonces conviven con nosotros, y se ampliaron los planes de estudio. El interés que la Rectoría puso en el sector de Humanidades, se vio correspondido por doctores y maestros, en Filosofía y Letras.

El nuevo paso, decisivo para el desarrollo de la Facultad, consistió en la creación del profesorado de carrera, en vísperas del último traslado, que había de traerla al sitio donde se encuentra ahora. En la Ciudad Universitaria, con la afirmación de aquella conquista, vinieron los profesores e investigadores de tiempo completo —seleccionados cuidadosamente— a dar mayor firmeza a los estudios.

El nuevo Rector, a quien tocaría consolidar esa conquista, a la vez que las Ciencias impulsó las Humanidades. La Dirección de la Facultad se preocupó, desde entonces, por dar equilibrio a la misma: se implantaron nuevos cursos; se establecieron carreras de creación urgente.

La Facultad de Filosofía y Letras había venido a ser coronamiento de los estudios universitarios. Después de la unidad que le prestaba la tradición en la primera Universidad de México, la mayoría de los estudios se había debilitado, al dispersarse las escuelas que la integraban.

Actualmente, las dos ramas iniciales tienen brotes nuevos, y así existen, con los Colegios de Filosofía y de Letras —letras clásicas y modernas—, los de Psicología y Pedagogía, de Historia y Geografía, además del de Biblioteconomía, para seguir en ellos carreras que incluyen, aparte de las mencionadas, la de Antropología.

El plan de estudios se ha enriquecido y ampliado, con

materias importantes, al poner mayor atención en aquellos que conducen a la licenciatura, la maestría y el doctorado. Ha contribuido a dar trascendencia a la pedagogía, la instalación de laboratorios y la creación de centros de investigaciones, de seminarios y de núcleos como los que se dedican a la literatura náhuatl.

Debe recordarse, entre otras, la fundación del Centro de Investigaciones Literarias, que —a semejanza del que ya existía para las Investigaciones Filosóficas— promovió el doctor Jiménez Rueda, con el decidido apoyo de la Dirección y la eficaz ayuda de la profesora María del Carmen Millán, bien secundada por maestros y alumnos.

En cuanto a los seminarios, las limitaciones de local, que resultan del crecimiento incontenible de la Facultad de Filosofía y Letras, se subsanan con el aprovechamiento de los cubículos, y así se da mayor rendimiento al trabajo, en la Torre de Humanidades.

* * *

No ha sido una de las menores victorias, en la Facultad de Filosofía y Letras, la de mantener en alto la enseña de la libertad de cátedra, por la cual la Universidad Nacional de México ha luchado con empeño. Esa libertad conquistada por todos, se manifiesta siempre, tanto en las clases, dentro de los cursos normalmente impartidos, como en las conferencias que la Dirección de la misma Facultad organiza, oportuna, durante los términos lectivos y en los períodos de vacaciones.

El resultado de esa labor —a la vez que intensa, extensa— puede apreciarse en las publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, sostenidas a través de estos últimos años. Se multiplican los libros de texto de sus profesores. La Dirección se preocupa por la continuidad de la serie “Filosofía y Letras” —que ha rebasado el medio centenar— y de la *Revista*, ahora transformada en *Anuarios*, a semejanza de otros, universitarios.

El Centro de Investigaciones Literarias, que dispone ya de la biblioteca “Julio Jiménez Rueda” —la cual fue donada por el fundador del mismo Centro—, añade a esas publicaciones las que son consecuencia del esfuerzo de los investigadores remu-

nerados que en él trabajan, y aquellas tesis de letras que merecen edición cuidadosa. Otras contribuciones del Centro, para diccionarios de biografía y literatura mexicanas, nacionales y extranjeros, podrán apreciarse tan pronto como esos libros aparezcan.

* * *

Si, como el proverbio afirma, “el árbol se conoce por sus frutos”, los presentes debemos reconocer el recio tronco —afirmadas profundamente las raíces en la fecunda tierra del *Alma Mater*—, por los que ha producido hasta ahora. La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, puede ufanarse de haber dado maestros y doctores que no sólo bastan para cubrir en ella los vacíos que crea el tiempo, los huecos dejados por la muerte de los predecesores. Debe sentirse satisfecha —como la misma Universidad de la que forma parte— por haber producido varias generaciones de estudiantes que la honran. Con la actual, salida de sus aulas, ha venido a acrecentar las de educadores diseminados por las Universidades de la Capital, de los Estados de la República y aun de países vecinos al nuestro.

En esta generación, formada por los maestros actuales, integrada con los mejores alumnos, se distinguen, al lado de los jóvenes filósofos, los investigadores de literatura, historia y geografía; los maestros preparados por rigurosas normas, para impartir enseñanzas de diferentes materias.

Puede sentirse orgullosa la Universidad Nacional Autónoma de México, ante esos frutos de su Facultad de Filosofía y Letras que no sólo aseguran la continuidad en el estudio de las Humanidades, pues permiten a la vez augurarle un futuro esplendente.

Si unas generaciones de alumnos de esta Facultad marcaron más honda huella, en aspectos positivos, por su asiduidad y brillantez, en investigaciones y estudios, de todas —preferentemente, de las más unidas— ha quedado vivo el recuerdo.

Las más recientes y las actuales se distinguen por su inquietud bien orientada; por ese noble afán de explorar diversos rumbos, que se advierte en la organización de actos universitarios; en

su deseo de excursionar por el territorio propio y por algunos de los más cercanos, y en la atención que dedican, dentro y fuera del aula, a todo lo que signifique abrir con amplitud ventanales a otros horizontes.

FRANCISCO MONTERDE

Facultad de Filosofía y Letras